

Contextos de *Los heraldos negros*

Vallejo llegó a Lima el 30 de diciembre de 1917; tenía entonces casi 25 años, pues había nacido en marzo de 1892. El día anterior a su partida (diciembre 1927) desde el puerto de Salaverry, Trujillo, había protagonizado un aparente intento de suicidio como consecuencia de sus contrariados amores con «Mirtho» (Zoila Rosa Cuadra).¹ Estas tensiones sentimentales en su relativamente limitada vida erótica de entonces y otras de naturaleza intelectual que le hacían sentir ya la estrechez del medio trujillano, debieron apurar su decisión de proseguir sus estudios universitarios en Lima.

En realidad, esos estudios no debían ser prioritarios en su ánimo; para un joven poeta provinciano como él, las promesas del ambiente literario limeño tenían una mayor seducción. De hecho, Vallejo ya había tenido contacto en 1917 con José María Eguren, una de las figuras poéticas más brillantes en la Lima de esos años, y recibido una carta suya con palabras de aliento y elogio.² También había sido objeto de un burlón y agresivo comentario de Clemente Palma (hijo de Ricardo Palma) en la revista *Varietades* a propósito de su poema «El poeta a su amada».³ Pero eso, según los testimonios que tenemos pesaba menos que las críticas y reproches recibidos en el ambiente trujillano, que parecían haberlo enajenado con esa ciudad.⁴ En una carta escrita desde Lima a su amigo el poeta Oscar Imaña, Vallejo confiesa, en un tono algo humorístico, su resentimiento contra el ambiente provinciano y sus mezquindades:

La cursilería de otros días ya no volverá jamás. Me siento pulcro, claro, nítido, fuerte, enhiesto, olímpico ¡vamos!... En esta mañana en que te escribo me acuerdo de tantas cosas nuestras y lejanas. Los días de diciembre, insalubres, estúpidos, llenos de tedio; los exámenes huachafos e imbéciles, con los ojos insomnes y ungidos de éter y dolor; los Vegas Zanabrias, los Chavarrys... ¡Oh, horror... Mejor no me acuerdo! Me va a doler la muela y voy a caer en la desgracia de manchar esta carta toda luz de amor fraternal...

Y luego le comunica, con la misma ironía, sus primeras impresiones de la Lima literaria:

Por aquí, cosas de Lima... ¿Qué te contaré? Valdelomar, González Prada, Eguren, Mariátegui, Félix del Valle... Todo un puchero literario... Lima, está así. Es de correr con el sombrero en la mano, al escape... ¿Qué se dice de mi viaje entre esos trujillanos imbéciles?

¹ Véase la carta en Juan Espejo Asturrizaga, César Vallejo. Itinerario del hombre. Lima, Juan Mejía Baca, 1965, p. 50. En adelante se cita como E.

² *Varietades*, septiembre 22, 1912.

³ Véase el ataque que Vallejo y amigos reciben de J.V.P. [Julio Víctor Pacheco] titulado «La justicia de Jehová», en *La Industria*, julio 25, 1917; y la defensa de Federico Esquerre, «Los versos de César Vallejo y los Zoilos», en *La Reforma*, agosto 11, 1917, que se publica junto con el poema «Pagana» de Vallejo.

⁴ *Visión del Perú (Homenaje Internacional a César Vallejo)*, n.º 4, julio 1969, pp. 193-194.

De sus encuentros con Abraham Valdelomar, Manuel González Prada y Eguren existen los testimonios de sus crónicas periodísticas que demuestran además el rápido acceso y reconocimiento que Vallejo tuvo entre las principales personalidades literarias limeñas.⁵ Incluso con el propio Clemente Palma, su detractor del año pasado, se establece algún tipo de vínculo amistoso; según el mismo Vallejo:

¡Clemente Palma: mi gran amigo! Ustedes se reirán. Pero ya ven. Clemente Palma: uno de mis mayores admiradores. Así como suena. ¡Y de golpe! Ustedes se reirán. Yo también me río con ustedes... Yo estuve la última vez con él nada menos que el sábado... Me dice que publique en el día mi libro que ya conoce. Versos para *Variedades* [la revista que Palma dirigía]. La mar. Casi se aloca con una composición que he escrito aquí y que se titula «Dios». Es un buen hombre. El único defecto que tiene es un criterio estrictamente académico. Yo naturalmente me río de esto... Ya les digo. Es un hombre muy franco en estas cosas. Y ya ven que este atrinchera-do disparador de dardos del cacareado «Correo Franco» [la sección de *Variedades* en la que apareció la diatriba de Palma], se me presenta como un quemador de incienso. Qué cosas éstas.⁶

Entre las pocas posesiones que Vallejo traía de Trujillo estaban los poemas que constituirán el grueso de su primer libro: *Los heraldos negros*. El volumen contiene 69 poemas; unos pocos datan de 1915 y 1916, pero la mayoría pertenece al período 1917-1918.⁷ Este período es crucial y merece estudiarse con cuidado. En primer lugar hay que observar que la demora en la efectiva circulación del libro fue un hecho providencial que le permitió a Vallejo incorporar nuevos textos (algunos tan recientes como «Ene-reida» o «Espergesia», que fueron escritos a fines de 1918 o, como *Larrea sospecha*, tal vez a comienzos de 1919), e introducir cambios sustantivos en poemas anteriores para adaptarlos mejor a su sensibilidad estética y anímica de ese momento. Como bien se sabe, aunque el libro está fechado en «Lima, 1918» (no consta el nombre del editor, pero fue impreso en los talleres de Souza Ferreyra), no vio la luz hasta mediados de 1919, probablemente en julio. Una de las razones de la demora, aunque tal vez no la principal, fue la espera por el prólogo que Valdelomar había prometido y que nunca llegó. (Valdelomar moriría accidentalmente en noviembre de 1919.) En marzo de 1918, el escritor limeño había adelantado un comentario sobre la poesía de Vallejo en el que decía:

En breve publicaré sobre su obra un estudio detenido. Basado en el conocimiento de su obra y de su alma, le digo, con la mano puesta en el corazón alborozado: Hermano en el dolor y en la belleza, hermano en Dios: Hay en tu espíritu la chispa divina de los elegidos. Eres un gran artista, un hombre sincero y bueno, un niño lleno de dolor, de tristeza, de inquietud, de sombra y de esperanza.⁸

El propio Valdelomar, Palma y otros amigos lo habían estimulado a publicar ese libro, lo que Vallejo decide hacer a mediados de 1918. En el lapso que transcurre desde

⁵ «Con el Conde de Lemos» [Valdelomar], *La Reforma*, enero 18, 1918; «Con Manuel González Prada», *La Reforma*, marzo 9, 1918; y «Con José María Eguren», *La Semana*, n.º 2, marzo 30, 1918.

⁶ *Carta dirigida a Antenor Orrego*, José Eulogio Garrido, Federico Esquerre, Oscar Imaña, Leoncio Muñoz, Juan Espejo Asturrizaga y Eloy B. Espinosa; en *E.*, pp. 193-194.

⁷ Véase el ensayo de ordenación cronológica en la edición *Larrea de la Poesía completa*. Barcelona, Barral Editores, 1978, pp. 393-401. En adelante se cita como *L.*

⁸ «La génesis de un gran poeta. César Vallejo, el poeta de la ternura», *Sud-América*, Lima, n.º 11, marzo 2, 1918. Valdelomar ratifica su opinión y su deseo de escribir ese prólogo en otra nota publicada en *La Reforma*, mayo 4, 1918, reproducida en el semanario limeño *Balneario*, n.º 364, mayo 26, 1918.

que prepara y ordena los originales hasta que el libro es realmente publicado, varios acontecimientos se precipitan sobre Vallejo; su impacto puede registrarse claramente en varios textos. Tras el inicial entusiasmo de sentirse parte de la vida intelectual limeña, Vallejo empieza a manifestar una inestabilidad emocional aún mayor que antes, quizá provocada por su soledad, su lejanía del hogar y las angustias propias de su maduración como artista: el hombre que llega de Trujillo y el que publica *Los heraldos negros* no son exactamente los mismos. El ambiente extraño agudiza en él la tendencia introspectiva y su indagación filosófica por el sentido de la existencia, cuyo símbolo central es, para él, el hogar. En una extraña carta que le escribe a Imaña a comienzos de agosto de 1918, hay vagas, pero persistentes, muestras de esa desazón y esa intuición de una realidad que misteriosamente distorsiona lo inmediato:

Sueños familiares, conocidos hay en la casa. Pobres, que duerman. Hombres y mujeres. O que hagan... lo que se les venga en gana. En la vida despierta, se sufre mucho. Pobres...

Hay una cuerda tendida. Tendida hacia la noche de mañana. Y vibra intensamente.⁹

El primer año limeño acrecentará y definirá otra de sus convicciones capitales: el carácter penitencial de la vida, su naturaleza defectiva. Algunas muertes confirman esa sensación de aislamiento, privación y fatalidad. Primero ocurre la muerte de su enamorada trujillana María Rosa Sandoval, «en un humilde caserío serrano, cerca de Otuzco, sola y en la orfandad»,¹⁰ de la que Vallejo se entera por carta de Federico Esquerre, que sabía de sus amores con ella. Luego, la muerte de González Prada (julio 1918), posiblemente el autor peruano que más admiraba Vallejo, como lo prueba su dedicatoria en «Los dados eternos», escrito y leído al autor de *Minúsculas* hacia febrero de ese año (publicado en *La Semana*, Trujillo, marzo 23). En su entrevista con él, Vallejo había escrito:

No sé por qué ante este hombre, una reverberación extraordinaria, un soplo de siglos, una idea de síntesis, una como emoción de unidad se cuaja entre mis fibras.¹¹

Es evidente que en González Prada veía una especie de padre literario, una mentalidad poderosa con la que podía identificarse; su ausencia le deja, por eso, una sensación de vacío personal. Muy poco después, el 8 de agosto, ocurre la muerte más grave de todas: la de su madre, en Santiago de Chuco. Esa muerte causa en Vallejo una conmoción cuya fuerza jamás se borrará del todo, como lo prueba su obra europea. Las cartas que desde Lima escribe a su hermano Manuel son desgarradoras muestras del terrible desconcierto y devastación que le produce esa muerte:

Yo vivo muriéndome; y yo no sé a donde mi (*sic*) irá dejar esta vida miserable y traidora...

Estoy desquiciado y sin saber qué hacer, ni para qué vivir. Así paso mis días huérfanos de todos y loco de dolor.¹²

¡A qué me sabía un destino tan negro; lejos por siempre jamás de nuestra madrecita del alma! Oh queridísimo hermanito ¡Qué horror!

⁹ Vallejo, Epistolario general. Valencia, Pre-textos, 1982, p. 32. En adelante se cita como EG.

¹⁰ E, p. 45.

¹¹ Véase nota 5.

¹² EG, p. 33.

Han pasado 114 días desde el inolvidable 8 de agosto; y para siempre vivo en la fe de Dios y estoy seguro de que mamacita está viva, allá en nuestra casita, y que mañana o algún día que yo llegue, me esperará con los brazos abiertos, llorando mares. Sí... Yo no puedo aceptar que la haya llevado Dios tan temprano para el amor y la esperanza de sus hijos...¹³

Se produce aún otra muerte, que tiene una relación tangencial con él pero que trae una inesperada consecuencia para su vida: en septiembre 6 de 1918 muere don Pedro M. Barrós, fundador y director del colegio donde Vallejo enseñaba desde mayo de ese año, y pocos días después asume la dirección en su reemplazo. Pero su situación personal vuelve a complicarse cuando entabla unas fogosas relaciones eróticas con Otilia Villanueva (distinta de la Otilia provinciana que Vallejo posiblemente recuerda en «Idilio muerto» bajo el nombre supuesto de «mi andina y dulce Rita»), que van más lejos de lo que él pensaba y lo ponen en aprietos con la familia de la muchacha, que es apenas una quinceañera. Ante la alternativa de un matrimonio forzoso (pues Otilia esperaba un hijo suyo), Vallejo opta al parecer por el aborto, rehusa casarse y como resultado pierde el puesto en el colegio (Otilia era cuñada de un colega suyo). A ella está dirigido el curioso poema «El dolor de las cinco vocales» que Vallejo escribe en mayo de 1919 y que testimonia su separación definitiva.¹⁴ En el poema X de *Trilce* se perciben ecos de esta situación:

Prístina y última piedra de infundada
ventura, acaba de morir
con alma y todo, octubre habitación y encinta.
De tres meses de ausente y diez de dulce.
Cómo el destino,
mitrado monodáctilo, ríe.

...

Se remolca diez meses hacia la decena,
hacia otro más allá.
Dos quedan por lo menos todavía en pañales.
Y los tres meses de ausencia.
Y los nueve de gestación.

Al margen del juicio moral que la actitud de Vallejo pueda merecer, hay que suponer que él también se sintió víctima de su propia acción: no sólo por lo que pasó con su puesto en el colegio, sino por los graves remordimientos que sobrevendrán poco después, en los que además debió jugar no escaso papel el hecho de que todo esto había ocurrido en el período de luto por la muerte de su madre. Un doble sentimiento de culpa y nostalgia agravados se presiente en las composiciones escritas en esta última etapa. En el soneto «Capitulación», por ejemplo, escrito hacia septiembre de 1918, hay alusiones al affaire sentimental con la Otilia limeña:

Pobre trigueña aquella, pobres sus armas; pobres
sus velas cremas que iban al tope en las salobres
espumas de un marmuerto. Vencedora y vencida,

¹³ *Ibíd.*, p. 34.

¹⁴ *Publicado por primera vez en E*, p. 158.

se quedó pensativa y ojerosa y granate.
Yo me partí de aurora. Y desde aquel combate,
de noche entran dos sierpes esclavas a mi vida.

«Absoluta», probablemente escrito por la misma época, parece sintetizar las confusas sensaciones que la reciente muerte de la madre y el dilema con Otilia despertaron:

Color de ropa antigua. Un julio a sombra,
y un agosto recién segado. Y una
mano de agua que injertó en el pino
resinoso de un tedio malas frutas.

También expresa allí el imposible deseo de un amor elevado y puro, que derrote la contingencia de la vida humana y la acerque a Dios:

Oh unidad excelsa! Oh lo que es uno
por todos!
Amor contra el espacio y contra el tiempo!
Un latido único de corazón;
un solo ritmo: Dios!

Semejantes referencias pueden hallarse en «Desnudo en barro», «Líneas» y «Espergesia», todos de los últimos meses de 1918. Destruída la unidad del hogar, tanto por la muerte de los suyos como por su propia ausencia, Vallejo vive retrospectivamente momentos ya pasados, como la muerte en 1915 de su hermano, recordada en «A mi hermano Miguel»; vuelve al hogar abandonado en «Los pasos lejanos»; o mezcla indiscriminadamente recuerdos de niñez con la reciente soledad que el padre enfrenta a la edad de «setentiocho ramos de invierno». Toda esta sobrecarga emocional y moral es la que ayuda a redefinir el signo estético del libro e impulsa a Vallejo a abandonar lo más consabido del camino hasta entonces recorrido.

Los heraldos negros debe considerarse básicamente como una manifestación tardía del postmodernismo, en momentos en que unos pocos marchaban ya en otra dirección, que Vallejo empezará a seguir justamente *después* de publicar este libro. Hay que recordar algunas fechas: en 1914, Huidobro había dado a conocer su manifiesto *Non serviam*; en 1916 publicó su primer libro poético «creacionista», *El espejo de agua*, aparte del poema *Adán*; y en 1917, su primer libro en francés, *Horizon carré*. En el Perú, el poeta arequipeño Alberto Hidalgo publicó en 1917 su *Panoplia lírica*, que es posiblemente la primera manifestación poética de vanguardia que se registraba en el país; llevaba como prólogo una elogiosa «Exégesis estética», precisamente escrita por Valdelomar, quien era un espíritu atento a todo lo «nuevo» que se ensayaba en el ambiente aunque él mismo fuese todavía un epígono del postmodernismo. Cinco años más joven que Vallejo, Hidalgo cultivaba un estridentismo egocéntrico y una adoración por la velocidad y el maquinismo que lo asociaba con las primeras expresiones del futurismo italiano. Menos recordado es el *Prometeo* de otro arequipeño, Alberto Guillén, que aparece en 1918 y que coincide con el de Hidalgo en la exaltación egotista y el tono enfático y optimista. Mientras tanto, entre 1913 y 1918, las manifestaciones de la vanguardia europea en las artes y letras se sucedían vertiginosamente: Apollinaire publica *Alcoholes*, *Los pintores cubistas* (una especie de manifiesto de ese movimiento plástico) y, más tarde, sus *Caligramas*; Malevich difunde su *Manifiesto del Suprematismo*;